

pero moriré en mi puesto. ¡Mi situación es horrible! Veo que estais decidido, que vais á tomar un partido desesperado, y os pido por única gracia que me dejéis participar de la suerte, cualquiera que sea, que reserveis á los diputados.» «No lo dudeis,—respondió Dumouriez;—y creeré, obrando así, serviros y salvaros.»

Beurnonville y Dumouriez volvieron á entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Bercheny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden para tener treinta hombres elegidos de su regimiento á la puerta, y prontos á ejecutar lo que se les mandase. Estos húsares eran todos alemanes ó alsacianos; la diferencia de idioma les garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues sólo conocían la voz de su coronel.

Después de una hora de deliberación secreta, en la que el inflexible Camus combatió con intrepidez la templanza de que aún querían usar sus colegas para evitar aquel disgusto á la patria, entraron los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolución, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su misión. Intimaron de nuevo al general que obedeciese al decreto, á lo que aquél se negó. «Pues bien,—dijo Camus,—os declaro suspenso de todas vuestras funciones. Ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten, y sello vuestros papeles.» El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada para cubrir á su general, hicieron ver á los comisionados que su voz era desconocida, y que tal vez corría peligro su vida; pero la habían consagrado á su deber. «Esto es demasiado,—dijo Dumouriez.—Es preciso poner término á tanta audacia.» Y mandó en alemán á los húsares que entrasen. «Arrestad á esos cuatro hombres,—dijo al oficial que los mandaba.—Que no se les haga daño. Arrestad también al ministro de la Guerra, pero que se le dejen sus armas.» «¡General Dumouriez,—exclamó Camus,—perdeis la república!» Los húsares se llevaron á los comisionados de la Convención, y en los carruajes que se habían preparado durante la conversación los condujeron á Tournay escoltados por un escuadrón del mismo cuerpo, y fueron entregados en rehenes al general austriaco Clairfayt.

X

Inmediatamente después de esta acción, que rasgaba el último velo de sus maquinaciones, Dumouriez pidió nuevas conferencias á los generales enemigos para concertar su marcha con la suya. Al día siguiente montó á caballo y fué á su campamento. Arengó á los soldados, presentándoles el suceso de la víspera como un atentado de los jacobinos, que intentaban quitar el general á su ejército y el padre á sus hijos. Las tropas respondieron á su general con aclamaciones, pues la humillación de la ley civil ante el sable complace siempre al soldado. Dumouriez, para probar mejor su confianza en el cariño de sus tropas, durmió en el campamento. Era su proyecto llevar á las tropas á Orchies, desde donde hubiera podido amenazar á la vez á Lille, Douai y Bouchain; quería también asegurarse de Condé, prenda que había prometido entregar á los austriacos, y salió de Saint-Amand el 4 de Abril para llevar á efecto este primer acto de su traición.

Cincuenta húsares debían formar su escolta, pero se hicieron esperar. Montó á caballo acompañado sólo del duque de Chartres, del coronel Thounevot, del ayu-

dante general Montjoie, de sus ayudantes de campo y de ocho húsares de ordenanza, tomando con estos treinta caballos el camino de Condé. Había dejado orden en el campamento de que su escolta siguiese aquel mismo camino cuando estuviese pronta. De este modo marchaba perfectamente seguro, calculando en su imaginación las probabilidades desesperadas de su empresa, cuando á media legua de Condé, un ayudante de campo del general Neuilly, que mandaba en aquella ciudad, vino á anunciarle de parte de su general la fermentación de la guarnición y la dificultad de contener las tropas. Estas principiaban á conocer que se las había vendido. Estando indignadas con las sospechosas conferencias de sus generales y los enemigos, decían en alta voz que respondían á su patria de Condé, y que no dejarían entrar en la plaza ningún cuerpo nuevo que pudiese comprometer su defensa. Dumouriez, apeándose á la orilla del camino, reflexionó sobre la gravedad de un incidente que desconcertaba su proyecto. En el mismo momento pasaron delante de él tres batallones de voluntarios que se dirigían á Condé por su propia voluntad y con su artillería. El oficial que los mandaba fué después el mariscal Davout. Dumouriez, admirado con un movimiento que no había mandado, hizo algunas preguntas con viveza á los oficiales y les mandó detenerse.

Los batallones hicieron alto. Dumouriez se separó unos cien pasos del camino, é iba á entrar en una cabaña para escribir una orden, cuando los tumultuosos gritos que salían del seno de los batallones, y un movimiento súbito y confuso de la columna que retrocedía, le advirtieron que ya era tiempo de pensar en su seguridad. Los voluntarios, inspirados repentinamente al ver á Dumouriez y la incoherencia de las órdenes y contraórdenes, iban á confundir la traición, apoderándose de los traidores. Algunos, apuntando ya al general, le amenazaban con hacerle fuego si no los esperaba. Dumouriez monta precipitadamente á caballo, huye á galope atravesando los campos con su débil escolta, oyendo las imprecaciones y los tiros. Un canal que rodeaba un terreno fangoso detiene su caballo, y una granizada de balas diezma el grupo que le rodea. Dos húsares son heridos de muerte; dos criados que llevaban la cartera y la capa del general caen á su lado. Thouvenot, á quien mataron el caballo, salta á la grupa del valiente Bautista. Entonces el general abandona su caballo de batalla, que corre espantado hacia los batallones, y fué conducido en triunfo por ellos á Valenciennes. La más joven de las hijas de Fernig queda también á pié. Su hermana Felicidad se apea y da su caballo á Dumouriez. Las dos jóvenes se lanzan de un salto al otro lado del canal, y montan en los caballos de reserva del duque de Chartres. Cantin, el secretario del general, cae al atravesar el foso bajo el cuerpo de su caballo. Cinco hombres y ocho caballos muertos, uno prisionero, los equipajes y los papeles secretos del general quedan en el canal. El resto de la comitiva huye á escape atravesando los pantanos, separado de los campamentos de Breuille, á los que Dumouriez quería reunirse, y es perseguido hasta el Escalda por las balas de los voluntarios. Las dos jóvenes amazonas, que conocían los pasos, condujeron al general hasta la barca, en que atravesó el río con ellas y el duque de Chartres. Los caballos fueron abandonados; el resto de la comitiva que no cupo en la barca, huyó por la orilla del Escalda y llegó al campamento de Maulde. Bautista difundió allí la noticia del asesinato de su general, cometido por los voluntarios insurreccionados, y reanimó en favor de Dumouriez el antiguo cariño de sus tropas de línea.

A pesar de todo, el general, despues de haber pasado el Escalda, emprendió la marcha á pié, extenuado de fatiga, por los terrenos fangosos inmediatos al rio. Llamó á la puerta de una pequeña casa de campo, donde le negaron la entrada al pronto; pero habiendo dicho sus compañeros quién era, le dieron hospitalidad y algun alimento aquellos mismos belgas á quienes acababa de conquistar seis meses ántes. Bautista, al anochecer, se reunió con él, y le hizo saber la indignacion del campamento, sublevado de nuevo en su favor. Por la noche llegó Mack, y dió al general fugitivo una escolta de cincuenta dragones imperiales, que le condujo á su campamento de Maulde. Exceptuando algunos rostros recelosos y algunas miradas en que se advertía la lucha de la sospecha con la adhesion, todos los cuerpos recibieron á Dumouriez como un jefe adorado aún. Habiendo vuelto á llamar á su inmediacion el regimiento de los húsares de Bercheny y algunos escuadrones adictos de coraceros y de dragones, se adelantó á la cabeza de aquella caballería hasta Rumigies, á una legua de su campamento de Saint-Amand. Creía haber vuelto á hacerse dueño de su ejército, y se obstinaba en llevar adelante el plan de sorpresa de Condé, que se habia frustrado la víspera.

Pero la artillería del campamento de Saint-Amand, con la falsa noticia de la muerte de Dumouriez ahogado en el Escalda, habia expulsado á sus generales, enganchado sus piezas y emprendido su marcha á Valenciennes. Divisiones enteras, deponiendo ó llevándose á sus oficiales, abandonaron aquel campamento, en que la perfidia de su general en jefe les hacía servir de instrumento á tramas desconocidas.

Al saber estas noticias, que llegaban unas tras otras á Rumigies, Dumouriez dejó caer la pluma con que escribía las órdenes á su desvanecido ejército. Conoció la debilidad de un hombre contra su patria y la de una intriga contra una revolucion. Montó á caballo con los dos hermanos Thouvenot, el duque de Chartres, el coronel Montjoie, el teniente coronel Parrois, Mr. de Fernig y sus dos hijas, y se fué sin escolta á Tournay, donde le acogió el general Clairfayt, no como un general enemigo, sino como un aliado desgraciado. El cariño que Dumouriez habia sabido inspirar á sus soldados era tal, que los ochocientos hombres del regimiento de Bercheny y los húsares de Sajonia se reunieron espontáneamente con él en Tournay. Estos soldados prefirieron la vergüenza del nombre de trásfugas al dolor de separarse de su general.

Un resto del ejército frances, dividido en pequeñas partidas y apénas reunido en las plazas fuertes, permaneció expuesto á los premeditados golpes de Clairfayt. La sangre de los soldados fué entregada por el general, pero los trásfugas no llevaron al enemigo el tesoro del ejército. Dumouriez, exhausto de recursos, se confió á la casualidad y al reconocimiento de los soberanos coligados. Cuando llegó á Tournay, sólo tenia algunas monedas de oro en su bolsillo, hallándose en el mismo caso todos sus compañeros de fuga. El duque de Chartres, Thouvenot, Nordmann, Montjoie, el fiel Bautista y hasta las dos intrépidas heroínas Fernig, comprometidas sin crimen en una desercion que para ellas se parecia á la fidelidad, escotaron sin saberlo Dumouriez, y fueron los primeros que le ofrecieron el amargo pan del destierro.

XI

Tal fué el desenlace de este drama político y militar, que habia elevado en tres años á Dumouriez á la altura de los más grandes hombres, para hacerle descender de repente hasta el nivel del más miserable aventurero. La elevacion de sus sentimientos no correspondia á la grandeza de su valor ni á la extension de su talento: educado en medio de las ligerezas de las cortes, y demasiado acostumbrado por su vida de diplomático á ver el reverso de las cosas políticas y á atribuir los grandes resultados á pequeñas causas, no tuvo ni bastante madurez para comprender la república, ni la magnanimidad de servirla arriesgando su cabeza. Representó el papel de grande hombre; sólo lo fué á medias. Su sangre derramada por la libertad sobre un campo de batalla, ó sobre un cadalso por la ingratitud de la república, hubiera clamado en la posteridad por una eterna venganza, y consagrado por todos los siglos una de las más bellas memorias de la revolucion. Su vida salvada por una defeccion, y su traicion descubierta, esparcen la sombra del resentimiento sobre el brillo de sus campañas y batallas. Su nombre no es, por decirlo así, más que una luminosa aparicion en la historia y un deslumbramiento de la patria. Hombre dotado de tacto político, de brazo de héroe y de corazon de intrigante, es sensible no poder admirarle enteramente; pero la tristeza se mezcla con el entusiasmo en la impresion que causa su nombre. Evítase pronunciarle entre los nombres gloriosos de la patria, porque no hay afrenta mayor para el espíritu humano que el espectáculo de los grandes destinos entregados á almas pequeñas, y de las grandes cualidades que no se respetan. La obra de los pueblos exige hombres graves como el pensamiento que los agita. El crimen en las revoluciones ofende ménos el ánimo que la superficialidad; cuanto más culpable y odioso, el crimen es, sin embargo, un contrasentido menor en las catástrofes humanas.

Desde aquel dia Dumouriez, maldecido en su país, tolerado en el extranjero, anduvo errante de reino en reino, sin hallar una patria; objeto de una desdeñosa curiosidad, casi indigente, sin compatriotas y sin familia, pensionado por Inglaterra, causaba lástima á todos los partidos. El cielo, como para castigarle más, le destinaba una larga vida, y le habia dejado todo su genio para que le atormentase en la inaccion. No dejó de escribir memorias y planes militares para todas las guerras que Europa hizo á Francia por espacio de treinta años; ofreció su espada, rehusada siempre, á todas las causas. Ya viejo é importuno, fijando su residencia ora en Alemania, ora en Inglaterra, no se atrevió á abandonar su destierro ni aún cuando Francia se abrió á los proscritos de todos los partidos, pues temió que el mismo suelo le echase en cara su traicion. Murió en Lóndres. Su patria dejó sus cenizas en tierra extranjera, y ni siquiera levantó su tumba vacía en el campo de batalla donde habia salvado á su país.